

## Julio Cortázar en la memoria

Observo hoy a Julio Cortázar, quien llegó a ser algo más que un entrañable amigo, desde el firme territorio de la nostalgia.

El tiempo se empecina, con inútil empeño, en borrar el dolor, sus pasos de gigante justifico y hasta la forma que tenían las comisuras de sus labios.

Después de su muerte, pasé como dos años sin leer sus libros, sin ver la fotografía en la que aparecemos abrazados —por gracia de Carol Dunlop, su compañera en el sueño y la vigilia, quien era, además de escritora lúcida, una gran fotógrafa.

Ella murió unos meses antes que Julio, víctima de una despiadada enfermedad y en plena juventud, dejando vacía la mitad del amplio lecho en que se acostaban para hacer el amor con delicia erótica y dulce, como ella misma nos lo confesó un día.

Si hay conversación en mi vida que recuerde hasta en el detalle más mínimo, es aquella en que Carol nos dijo que Julio y ella estaban destinados a morir, y que deseaba que él muriera antes para ahorrarle el dolor de la pérdida, de su muerte.

El día en que, por designio de quién sabe qué dios retardado mental, los deseos de Carol no se cumplieron, sobre una hoja con membrete del Ejército Popular Sandinista, que ahora tengo ante mis ojos, escribí este mensaje para Julio: «Recordá que te amamos y te necesitamos».

Hace sólo unos meses que repasé «Rayuela» —e incluso leí algunos libros de él que no conocía, como «El examen»— y lo hice con restos de resentimiento, porque todos estos años me dio por no perdonarle a Julio su ingreso al claustro de Montparnasse.

Allí llegué, consternado y rabioso, una hora después del sepelio, en compañía de una amiga de ambos, Claribel Alegria.

Por suerte, ya se había retirado la reyerta de sus dos anteriores mujeres, que disputaban aún la herencia material de Julio.

El alcalde de París por esa fecha, Jacques Chirac —un político idiota y mezuquino—, se negó a retrasar una hora el sepelio de aquel hombre que había dedicado miles de horas a la defensa de Nicaragua.

Hoy pienso que tal vez fue mejor así, pues nunca podré recordar a Julio de otra manera que no sea con sus manos de minotauro, sus ojos de judío errante y la semejanza en quién sabe a qué a Carlos Fonseca.

Del cementerio salí directo para su apartamento, donde lloré abrazado a las enormes camisas que descansaban para siempre en los closets y frente a las dos únicas fotos que allí se encontraban.

Una, en la que Julio aparecía muy joven junto a José Lezama Lima —el gran poeta, ensayista y novelista cubano que tanto admiró y de quien fue muy amigo—, y otra en la que abrazaba mi uniforme de policía sandinista.

Ya he dicho en otras oportunidades que me hice su hermano en las cárceles somocistas en el año 1977, cuando leía sus «Libro de Manuel» y «La vuelta al día en ochenta mundos», dos obras extraordinarias.

También he referido que pensé entonces hacerle una carta pidiéndole al famoso escritor su solidaridad con la lucha del pueblo nicaraguense. Nunca escribí esa misiva y, en realidad, no hizo falta.

Por esos días, tras decisivo viaje a Solentname, primer encuentro directo de Julio con nuestra realidad, publicó una declaración en la que denunciaba el somocismo y hacía suya nuestra causa.

Así ocurría siempre: los nicaraguenses no teníamos necesidad de pedirle nada, pues él adivinaba nuestros pensamientos. Su hoja de servicios a la revolución popular sandinista es una de las páginas más bronceadas y esenciales de su obra.

Después nos reconocimos en la libertad, por iniciativa del general Omar Torrijos —quién por estos días debe estar enfurecido, empujando sus huesos carbonizados contra los invasores de su patria—, tampoco le escribí, lo que no impidió que me llegaran, bellas y puntuales, sus respuestas.

La mayoría de ellas se extraviaron en aquella torre de babel de los primeros días

después de la victoria, corriendo la misma suerte que sus comentarios sobre mi libro «Carlos, el amanecer ya no es una tentación», que permanecerán inéditos.

Como Julio era de esos hombres que Bertold Brecht llamaba imprescindibles —es decir, generosos, capaces de la entrega absoluta—, escribía sus cartas sin inhibición alguna, con sentido sólo de trascendencia humana.

A pesar de su voluntad, estas misivas tienen altos valores estéticos, son literatura de la buena. Como el rey Midas, todo lo que él tocaba se convertía en oro, más de ése que no sirve para hacer joyas sino transparencias, abrazos y reliquias.

Desde aquel día en que nos conocimos, en 1979 —o sea, el propio año de la victoria— Carol y Julio vivieron la mitad del año en Nicaragua, y fuimos hermanos. Las horas que compartimos son irrepetibles y sin traducción posible en el lenguaje escrito.

La misma noche de su arribo, Julio escribió el poema «Noticia para viajeros», que luego Carlos Mejía Godoy hiciera canción. Años después, un verso de este poema, le dio un título al libro con que Sergio Ramírez lo hizo suyo, es decir, nuestro.

Le viste desde el aire, esta es Managua de pie entre ruinas, bella en sus balbíos pobre como las armas combatientes, rica como la sangre de sus hijos.

Ya ves, viajero, está su puerta abierta, todo el país es una inmensa casa. No, no te equivocaste de aeropuerto: estás en Nicaragua.

A la mañana siguiente, Julio exploró, con sus ojos alertas para el asombro, las ruinas de la capital. Y después, dando muestras de gran vitalidad, visitó León, Granada y hasta el último rincón de nuestra geografía, incluyendo la conflictiva frontera norte.

Descansó con Carol en el velero —donde, si no me falla la memoria, él escribió uno de sus últimos cuentos. Cogidos de la mano, como andaban siempre, vi cómo se metían entre las olas malcriadas. Cuando comíamos —Juan Gelman, Carmen Waugh, la familia Flakoll— Julio nos confesó su asombro de ver

las ancas de los caballos que se paseaban junto a las ancas de marea alta de los bañistas.

Conservo una breve nota suya que dice así: «Querido Tomás: te dejo las copias del discurso. También el arma que me prestaste para ir a Bismuna, nos veremos mañana o pasado. Un abrazo. Julio».

No voy a revelar aquí que tipo de arma le presté a aquel hombre pacífico, incapaz de matar aunque dependiera de ello su propia vida, pues se trataba de un modelo que ambos inventamos y que tan sólo se quede clasificada entre «las armas secretas».

Cada visita suya estuvo llena de sorpresas, porque Julio se sorprendía de todo: de la frase de un soldado de 15 años, de los crepúsculos de agua dulce de Managua, del sabor a manzana prohibida que tiene el atollito.

También se asombraba —como dicen que se asombran los niños— ante las ofrendas literarias de Ernesto Cardenal, la hiperquinesis de Daniel Ortega, el sentido de la amistad y del deber de Sergio Ramírez, el genio inédito de Carlos Martínez Rivas.

Se asombró de las brasas encendidas en nuestros puños, de la estatura de las olas de Pochomil, de las sonrisas de arena limpia de nuestras mujeres, de la capacidad de los nicaraguenses para creerse invulnerables.

Como huésped nuestro, se enredaba con mis hijas pequeñas en juegos asombrosos, escribía con una máquina portátil, a saber qué páginas de milagros verbales, recibía innumerables visitas y, sobre todo, se admiraba de la admiración que producía.

Poco tiempo después de conocerlo, en el trato cotidiano, me olvidé que Julio era un hombre célebre, respetado en todo el mundo, pues en él sólo se mostraba vigente su presencia de ser humano excepcional.

Una madrugada, recibí la mala noticia. Al día siguiente, volé a París y las sirenas de la policía francesa me abrieron paso hasta el cementerio. Desde entonces no me abandonó el territorio de la nostalgia: el tiempo nada puede contra el amor. Hasta luego Julio.

Escritor. Ex-ministro del Interior de Nicaragua.

## hemeroteca

### Volver

(Juan José Millás, «El País»)

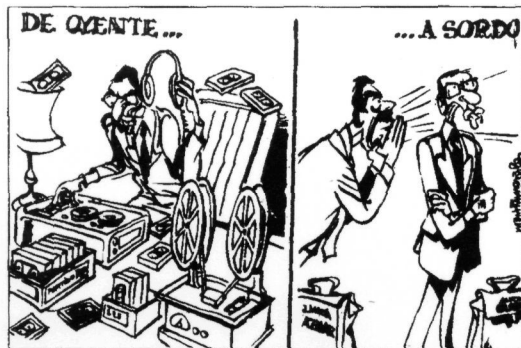
Seis hombres han estado 15 años en la cárcel acusados sin pruebas o algo así. El caso es que no hicieron aquello por lo que de todas formas tuvieron que pagar. La cosa ha sucedido en Birmingham, que queda un poco lejos. Leo, al mismo tiempo, que el célebre neurofisiólogo y escritor Oliver Sacks ha pasado por Madrid para asistir al estreno de la película *Despertares*, basada en una novela suya del mismo título. Narra Oliver Sacks en este libro su experiencia con algunos pacientes afectados por una epidemia de encefalitis letárgica, a los que él consiguió volver a la vida después de que hubieran permanecido en una especie de coma profundo durante algunos años.

Tanto en el caso de los seis de Birmingham como en el de los pacientes de Sacks se da la circunstancia de un regreso. Lo que pasa es que el que regresa ya no es el mismo que se fue, o el lugar al que viene ya no es el que dejó. Igual da. A los seis de Bir-

mingham tendrán que meterlos otra vez en la cárcel a juzgar por las declaraciones que están haciendo sobre la justicia británica. En cuanto a los pacientes de Sacks, parece que se mueren enseñada, no sé si porque no se soportan o porque no soportan el medio al que regresan.

Entretanto, un pintor español llamado Antonio Huberti, que gozaba de una saludable posteridad, ha regresado a la nada tras com-

probarse que no ha existido. Era fruto de la invención de una enfermera cuyo novio, enfermo, pintaba cuadros cubistas de poco éxito. La existencia de Antonio Huberti, como en los casos anteriores, tampoco soportó el duro contraste con la realidad y se difuminó en el limbo. Volver a la cárcel, regresar a la muerte, recuperar el limbo: cualquier cosa menos este entramado de miserias que nos aniquila, nos mata o nos lleva a prisión.



«El Mundo»

## zelatan

### Hetero-determinazioa

(n + 1)

Oraintxe gesaldu dira azke-neko esperantza-izpiak: munduaren kondairan (n+1)garren aldiz, Sobietar Batasuneko nazio-arazo ezin larriagoak konpontzekotan, auto-determinazioa ez, baina hetero-determinazioa aplikatuko da.

Garbikiago mintzatuz: estoniarren problemak, Tadjikistan-goen iritziaren arauera konponduko dira; «tadjik»-tarren iritzi horiek, jakina, «azeri»-tarren, «xerkes»-tarren, «birobidjan»-tarren eta «kazakh»-tarren iritziekin nahasi ondoren.

Estoniarren kopurua, bestalde, E.S.S.B.ko jendaketaen %0,5 besterik ez izanik, estoniarren borondateak 0,5 puntu balio ditu, ez-estoniarren borondateak 99,5 puntu balio dituelarik. Hots, horixe da hetero-determinazioa: guk zer egin dezakegun, guk ez beste guztiak erabakitzea. Puntu honetan Arias Navarro eta Gorbatxof anaiak bizikiak dira; eta «pe-restroika»-k fazismoan aurkitu bide ditu bere iturri oparoak...

Felipe González-ek badauka orain nor aipaturik eta noren-gandik ikasirik; eta aurki antolatuko digute hetero-determinazioa abiatzeko prozesua. Adibidez: «Nahi al duzu Espainia-Estatua bere horretan, «per saecula saeculorum» batirik, jarraitzea? Ala nahiago zenuke, ero horrek, nori bere autodeterminazioak eskainiz, Espainia bakarra, bakuna eta zatigatza periferiako txoroen eskutetan uztea?»

Mosku-ko bidea hautatuz gero, hitz batez, badajoztarek, murciatarrak, leondarrek, santandertarrak eta madrildarrek erabakiko dute, normala denez, euskaldunoi zer komeni zaigun, eta zer ez.

Ezin gara kexatu, bestalde. Estoniarrak E.S.S.B.ko %0,5 besterik ez badira, gu espainiar estatuen %6,5 gara. Gorbatxof-ek estoniarrak eskaini diena baina aisa gehiago eskainiko digu guri González-ek.

Hortaz: gora hetero-determinazioa!

TXILLARDEGI